

La decisión por la causa. Un análisis a partir del film *A Dangerous Method*¹

*Deciding for the Cause.
An analysis as from the film
A Dangerous Method*

Por Gabriela Mercadal

RESUMEN

El cine como propuesta estética puede constituirse en la oportunidad para la transmisión de términos propios de nuestra práctica como analistas, más allá de toda previsión de directores y guionistas. Es a través del film *A Dangerous Method* (David Cronenberg, 2011) que este trabajo encuentra la ocasión para dar cuenta de una serie de ellos. Decisión, causa, deseo, ética, responsabilidad subjetiva son algunos de los conceptos que se recorren a través de las posiciones asumidas por los personajes en la trama de este film.

Palabras clave: Cine - Posición subjetiva - Ética - Decisión - Causa

SUMMARY

The cinema as an aesthetic proposal can constitute an opportunity for the transmission of terms specific to our practice as analysts, beyond all expectations of directors and screenwriters. It is through the film *A Dangerous Method* (David Cronenberg, 2011) that this work finds the occasion to realize a number of them. Decision, Cause, Desire, Ethics, Subjective Responsibility are some of the concepts traversed by means of the positions taken by the characters in the plot of this film.

Key words: Cinema - Subjective position - Ethics - Decision - Cause

Cronenberg.

De lo crudo a lo cocido

A quienes gozamos del privilegio de poder asistir ese gélido pero soleado domingo otoñal a una de las salas inglesas de Viena, el Artis, David Cronenberg nos regaló una impecable producción. Absolutamente respetuoso de la sobria majestuosidad de los albores del siglo XX vienés, el film *Un método peligroso* cuida cada detalle de la reconstrucción de escenarios. En un fino equilibrio, las bellezas palatinas del Schönbrunn (residencia de verano de emperadores como Francisco José y su esposa Sisi) se deslizan al ritmo de las primeras conversaciones entre Freud y Jung, ofreciendo luego marco y dimensión a la soledad de Freud hacia el final de la relación. Las excitantes inmensidades verdes y floridas de los parques públicos vieneses en verano conviven sabiamente con los cautelosos intercambios entre los personajes. Los antiguos y majestuosos cafés -que aún hoy perduran, inmovibles, elegantes, sobrios- donde sólo los hombres asistían con sus habanos y atriles para leer sus periódicos, se presentan también como testigos insoslayables para el rodaje. Cronenberg nos lleva allí. Quiere que estemos ahí. Que nos sumerjamos en ese universo.

Universo presente también en los interiores recreados de la casa de Freud. La perfecta reproducción de ambientes y objetos hacen al marco viviente de cada cuadro. Las cámaras se detienen en ellos; en la maravillosa puerta cancel -que hoy se conserva intacta-, en cada estatuilla de su colección, en el tan preciado diván, en los detalles de cada re-

pisa, plato o cubierto en la escena del almuerzo compartido por las familias de Jung y Freud en 1906.

Ni en el psiquiátrico Burghölzli de Suiza -dirigido en ese momento por Bleuler-², donde Freud visita a Jung para presenciar su modo de hacer en el intersticio entre la psiquiatría clásica y la naciente talking cure, Cronenberg desliza algún escabroso movimiento con el que en años anteriores de su filmografía, quizás, hubiera mostrado a la paciente que es sumergida en la bañera de agua helada.

Todo al servicio de llevarnos a donde se dirige -y no sólo por rigor histórico-, al espíritu que guía a cada personaje; espíritu cuidado, en el que nos vemos envueltos gracias a la respetuosa y cuidada producción.

Y si bien no resulta sencillo hallar igual mérito en el resto de las coordenadas cinematográficas, aquel respeto no pierde vigor. Ese cercano -casi sigiloso podríamos decir- seguimiento que el director realiza de cada detalle es ocasión de las geniales pinceladas que nos ofrece a la hora de dar a ver, de mostrar, de expresar. Cada personaje lleva esa marca. Cada diálogo. Cada posición. Es así que somos tocados una vez más; que Cronenberg nos dispone a un hacer, novedoso en esta oportunidad.³

Y hacia allí nos dirigimos. A las diferentes posiciones presentadas por cada quien. Posición ético-política frente a su decir. Posiciones ético-políticas, consecuentemente, en el hacer. El de Freud, el de Jung, el de Sabine Spielrein. No nos detendremos, entonces, en el romance entre terapeuta y paciente, uno de los ejes del film.⁴ El cuidado en el planteo de los

personajes nos posibilita hallar a nosotros, los analistas, otros “peligros” que los propios de los efectos transferenciales, también mostrados en las relaciones establecidas entre los personajes, pero no restringidos al *affaire*.

Bajo esta perspectiva, el título del film adquiere otro ribete que el taquillero -sobre todo para los agazapados detractores del psicoanálisis-. Efectivamente, si el Cronenberg de *Un método peligroso* nos sorprende en la diferencia con sus producciones anteriores, hallamos en otros “peligros” la marca de esa diferencia. Ya no nos hará detener la respiración ante el peligro de lo horroroso como en *The Broad* (1979); el eje ya no será impactarnos ante lo in-mundo -respecto de lo humano- de las creature-features como en *The fly* (1986); ya no nos llevará hasta el escalofrío de lo perverso en una de sus máximas expresiones como en *Dead Ringers* (1988); no se tratará del peligro de la locura transformando una máquina de escribir en monstruo como en *Naked Lunch* (1991); el interés no estará puesto en conducirnos hacia los peligros generados por la violencia explícita como en *A history of violence* (2005) o en *Eastern Promises* (2007). Más bien, Cronenberg pareciera retomar en esta ocasión el espíritu de algunas de sus primeras producciones audiovisuales (*Transfer* de 1966 o *Stereo* de 1969), en tanto fino, minucioso acercamiento a lo humano (aunque, claro está, sin el elemento bizarro de los trabajos de aquellos tiempos). Y si bien, ninguno de sus films dejó de abordar esa dimensión relativa a la complejidad de lo humano, es en *A dangerous method*, merced a los personajes escogidos y al tra-

tamiento a ellos dado, que esa complejidad se logra expresar del modo más cabal. En esta oportunidad se tratará entonces, como dijéramos, de nuevas sutilezas acuñadas por una cámara; quizás, en su punto de menor crudeza y sin embargo -o quizás por ello mismo- hasta más audaz. Y de allí la fuerza para dar cuenta del peligro, de otro peligro, de otros peligros...

Así, las cámaras, esas que se detienen cuidadosamente en cada detalle visual, nos dan a leer y escuchar lo escrito por cada quien. El rigor en la selección de las cartas y testimonios incluidos en el film también nos brinda la ocasión de “leer” aquello que como marca dejada en la historia constituyó -o no- un escrito para cada personaje. Escrito que no es sagrada escritura. Escrito como herjeja que no es transgresión. Escrito como marca de una Decisión⁵, la más singular. Escrito como ocasión de ir más allá de la propia -siempre mezquina y ensimismada- existencia. Y allí, en las marcas indelebles dejadas en el papel, el peligro mayor: justamente, constituir un escrito; abrirle paso a la ética del “bien-decir” (Lacan, 1970) que nos aleja de cualquier otra ética de las denominadas de los bienes; encaminarse hacia la Decisión; aventurarse hacia un radical otro hacer.

Y ahí la intuición de Cronenberg pincelando al psicoanálisis como la oportunidad para ese nuevo hacer. Ello así, claro está, mientras haya un sujeto que consienta. No va de suyo una posición tal. Y las diferentes posiciones delineadas por los personajes de esta historia nos lo muestran.

Freud y la ética de la Causa.

La peste lleva lejos

Desde los primeros diálogos, el Freud de Cronenberg nos invita a acompañarlo en su travesía. Viaje hecho de palabras y de haceres que fundan un lugar. Territorio de la Causa que habita desde esas marcas inaugurales nuestro que-hacer como analistas.

Causa que no es causa final. Causa creada por los efectos; por los efectos de la Decisión. Causa que romperá para siempre la lógica aristotélica como pilar plenamente vigente aún hoy en el modo occidental del pensar. Otra razón que la moderna, desde entonces, y que gracias al riesgo asumido por Freud, orientará nuestra práctica.

Una primera pista en el film nos pone sobre aviso de tal ruptura. Decidido a transitar el peligro, las primeras reglas serán establecidas. No nos referimos a los escritos técnicos ni los relativos a la transferencia⁶, sino a lo fundante de una ética que orientará ese nuevo hacer. Así, Freud, acorde a su posición: “Yo entendía las cosas menos científicamente...” (Freud, 1914) no responde al extravío de Jung en el film al nombrar el psicoanálisis como “psicanálisis” con una explicación propia de la razón reinante en los medios académicos de su tiempo. Dirá, en lo que ya en sí constituye una lección sobre la ética -luego de un displicente “es más lógico”- simple y magistralmente que psicoanálisis “sueña mejor”. El peligro está lanzado.

En efecto, no será la clínica catalogadora de signos y síntomas, imperante en la psiquiatría del momento, la que el médico vienés se dispondrá a seguir. Freud mira, observa; pero sobre todo,

“ve” y “escucha”. Ya en 1907 sabe que se trata de la escucha, de la resonancia, de lo que resuena en el decir. La “verdad” escuchada desde entonces toma otro estatuto. Es así que en su “retorno a Freud”, Lacan la hace hablar: “...pues si el ardid de la razón, por muy desdeñosa hacia vosotros que se muestre, permaneciese abierto a vuestra fe, yo, la verdad, seré contra vosotros la gran embustera, puesto que no sólo por la falsedad pasan mis caminos, sino por la grieta demasiado estrecha para encontrarla en la falla de la finta y por la nebulosa sin puertas del sueño, por la fascinación sin motivo de lo mediocre y el seductor callejón sin salida del absurdo” (Lacan, 1955).

Habiendo abandonado su primera teoría del trauma para establecer esa nueva verdad a escuchar, otro universo se abrió ante sus ojos. La Causa para cada quien, podemos experimentar desde entonces, se constituye en los efectos del decir. Los efectos creando la Causa. Ética de la más profunda subversión.

Frente a ello los “opositos” (así designados por Freud también en el film) serán a reconocer, a delimitar, a respetar: “...jamás se me pasó por la cabeza motejar despectivamente y a bulto a los oponentes del psicoanálisis por el mero hecho de serlo...” (Freud, 1914). Dos de ellos se ciernen sobre sus espaldas y sobre las del incipiente Movimiento. Es en este marco que leemos la Propuesta de Freud para cernir la Causa. En el bello escrito enviado a los primeros practicantes del psicoanálisis invitándolos a integrar el mismo⁷, leemos una posición que invita a una profunda y fundante reflexión ética. Las famosas “reuniones

de los miércoles” donde a partir de 1902 se congregaron los pioneros, y el psicoanálisis hasta nuestros días, esán signados por lo escrito allí, delineando una orientación. Plantea Jones en su biografía de Freud: “La Sociedad tenía una característica que quizás deba considerarse como la única. Ilustra tan bien la delicadeza de sentimientos y la consideración de Freud que no dejaré de transcribir íntegramente la circular en la que hacía la *proposición* que dirigió a los asociados. Estaba fechada en Roma, el 22 de setiembre de 1907: “Deseo informarle a usted que me propongo, al comenzar este nuevo año de trabajo, *dissolver* la pequeña Sociedad que había tomado el hábito de reunirse todos los miércoles en mi casa, para *hacerla revivir inmediatamente después*. Una breve nota que usted envíe antes del 1º de octubre a nuestro secretario, Otto Rank, bastará para renovar su carácter de miembro. Si hasta esa fecha no recibimos información de usted, supondremos que no desea reinscribirse. De más está subrayar lo mucho que me complacería su reinscripción.

Permítame que le exponga el motivo de esta resolución, que acaso le parezca superflua. Bastaría tener en cuenta los cambios naturales en toda relación humana para suponer que para uno u otro de los componentes de nuestro grupo el ser miembro del mismo ya no represente lo mismo que significó años atrás, *bien sea porque se haya extinguido su interés en el tema* o su tiempo disponible, o bien su forma de vida, ya no le permiten asistir a las reuniones, o, causa de compromisos personales se vea en la inminencia de un alejamiento. Ca-

be suponer que en tal caso pudiera continuar siendo miembro de la Sociedad, ante el temor de que su renuncia pudiera interpretarse como un acto inamistoso. Para todos estos casos, *la disolución de la Sociedad y su posterior reorganización* tiene el propósito de devolver a cada uno su *libertad* de separarse de la Sociedad sin perjudicar con ello sus relaciones con las demás personas de la misma. Debemos tener en cuenta además que en el curso de los años hemos contraído obligaciones (financieras) tales como la designación de un secretario, cosa que estaba totalmente fuera de cuestión en los comienzos.

Si después de esta explicación usted acepta la conveniencia de reorganizar la Sociedad en esa forma, tal vez esté de acuerdo también en que *ese procedimiento se repita luego a intervalos regulares, digamos, cada tres años* (Jones, 1953-1957, destacados nuestros).⁸

La apuesta no es a la oposición (dejando a la misma del lado de los detractores); menos aún al “temor” o a la quietud; la apuesta es a lo fundante, a lo vivo de la “libertad”, esto es, al Deseo de estar ahí, de arriesgarse a la travesía así fundada. Lo indestructible del Deseo que no se relaciona con un anhelo personal será lo que sostendrá la Causa.

Causa que planteamos en su doble acepción; como lo que causa en cada quien y el psicoanálisis como Causa. Pero en ambos casos, la Causa por la vía del Deseo en su versión más radical; como el agujero gracias al cual la estructura de lo humano se sostiene. “Agujero central del Deseo” (Lacan, 1961-1962) que en la tópica de lo vivo posibilita el movimiento. No todo puede

ser dicho y el resguardo de lo no dicho en el núcleo del Deseo, presentándose en el “entre” del decir, hará Causa. Y el cuidado de ello será uno de los pilares en la “cruzada” ética fundada por Freud. Entonces, en la segunda vertiente, el psicoanálisis como La Causa, como un lugar a cuidar.

Es en este afán que los reclutamientos van siendo un sostén necesario para mantener vivo al Movimiento. Los “hijos” albergados en la Causa abrazada van sumándose y contribuyendo a su expansión. Allí el joven médico ario, Carl Jung, entra en escena. Anhelante -y títubeante- se dispone a conocer a Freud. Vemos en el film algunos pasajes de las nutridas trece horas del primer encuentro y cómo las marcas fundantes del mismo marcarán los carriles de la relación. Jung planteando sus inclinaciones, sus oposiciones, sus devaneos; Freud demarcando taxativamente la situación: “Cualquier línea de investigación que admita estos dos hechos [la resistencia y la transferencia] y los tome como punto de partida de su trabajo tiene derecho a llamarse psicoanálisis, aunque llegue a resultados diversos de los míos. Pero el que aborde otros aspectos del problema y se aparte de estas dos premisas difícilmente podrá sustraerse a la acusación de ser un usurpador que busca mimetizarse, si es que porfía en llamarse psicoanalista.”⁹ (Freud, 1914).

Es que Freud escucha los peligros. Los internos y los exteriores al Movimiento. Reconoce ya en 1907 que la condición judía de la mayor parte de los miembros de la Sociedad arriesga la exclusión a la que los enemigos podrían someterlo.

Sabe también que su teoría sobre la sexualidad como central en la etiología de las neurosis despierta a las bestias dormidas de la ilustración. Resulta interesante entonces que en torno a ambas cuestiones Jung se expide desde una misma posición: desentendiéndose de lo primero, rechazando lo segundo.

Así y todo Freud, advertido de los desvíos de su “príncipe heredero” emprende con él el viaje a América de 1909. La Causa empuja y arrasa como la peste en la famosa frase magistralmente situada en el film: “no saben que les llevamos la peste”. Pero Freud paciente, escucha, espera. El ajedrez del movimiento psicoanalítico requiere las jugadas más estratégicas. Apuesta conociendo los riesgos: “A causa de la valentía que denotaba el consagrarse a una materia tan mal vista y falta de perspectivas, yo me inclinaba a dejar pasar en los miembros de la Asociación muchas cosas que de lo contrario habrían sido objeto de mi repulsa” (Freud, 1914). Pero también escucha: “Por entonces yo no sospechaba que esa elección, a pesar de todas las ventajas que acabo de enumerar, era harto desgraciada, pues había recaído sobre una persona que, incapaz de soporortar la autoridad de otro, era todavía menos apta para constituir ella misma una autoridad, y cuya energía se encaminaba íntegra a la desconsiderada consecución de sus propios intereses.” (Freud, 1914) dirá más tarde respecto de Jung. Su alejamiento entonces no responde a un impulso, no se sostiene en ningún resentimiento personal. Anoticiarse del descrédito del “hijo” hacia el Padre; poder llegar a escuchar su descreimiento en

torno a la Causa; saber de su renegación respecto del Amor¹⁰ lo llevan inexorablemente hacia una Decisión.

Su alejamiento de Jung, entonces, se constituye en Acto. Acto en soledad del cual no hay vuelta atrás: "Entretanto, me dispuse a pasarlo lo mejor posible, como Robinson en su isla solitaria." (Freud, 1914). Coherente con lo que finalmente logra escuchar, decide perder lo que un joven médico ario le podría aportar a la Causa. No en cualquier punto; no en cualquier lugar. El Congreso de Psicoanálisis de 1912 constituye el escenario decisional (bellamente presentado en el film): "En el Congreso de Munich me vi precisado a terminar con esa navegación a dos aguas y lo hice declarando que no admitía las innovaciones de los suizos como continuación legítima ni como desarrollo ulterior del psicoanálisis creado por mí" (Freud, 1914).

Efectivamente, el desmayo de Freud en una de sus sesiones da cuenta de que se ha resguardado lo no dicho¹¹, que le ha hecho un lugar en el campo del decir y que está dispuesto a asumir las consecuencias. Y así, en "el entre" de los dichos de Jung en torno al Padre¹² Freud cae para dejar pasar. Del *obstáculo* hizo *acontecimiento*. La irremediable pérdida está en marcha. Así se expresa el final de la relación en la misiva escrita por Freud, en enero de 1913: "... En consecuencia, propongo que abandonemos nuestra amistad enteramente, no pierdo nada con ello pues mi único vínculo emocional con Ud., ha sido durante un largo tiempo, un delgado hilo, debido al prolongado efecto de pasados desacuerdos y usted tiene todo a ganar, en vista del reparo que recientemente

hizo en Munich acerca del efecto de una profunda amistad con un hombre que inhibía su libertad científica. Por consiguiente diré: tome su 'total libertad' y ahórreme sus supuestas 'charlas personales' en beneficio del interés general de su ciencia (rama de esfuerzo). Ud. nunca tendrá motivos para quejarse por falta alguna de cortesía de mi parte. En cuanto a nuestro común entendimiento y la persecución de objetivos científicos concierne, quiero decir: No existe para ello más razón en el futuro que en el pasado. Por otra parte, espero lo mismo de Ud. Saludos. Freud".

Y en la respuesta enviada por Jung el mismo mes:

"Accedo a su deseo de abandonar nuestra amistad, pero nunca tiraré (por la borda) la mía con su persona. Ud. mismo es el mejor juez para saber lo que en este momento le significa.

El resto es *silencio*.

PD: Gracias por aceptar los papeles de Burrows.

Sinceramente suyo, Jung" (Freud, S. / Jung, C., 1978, destacados nuestros).¹³

Pero ese ensordecedor silencio es escuchado por Freud. Ese "entre" tanto o más potente que los blableos de Jung se constituye en ocasión para el Acto freudiano. Y la valentía de no retroceder ante el peligro de la pérdida, en pos de resguardar la Causa, es lo que torna esa despedida en Acto.

Sabine Spielrein y el Deseo decidido. El advenimiento de un cuerpo. Un lugar para la vocación

La Spielrein llega desestructurada a una de las clínicas psiquiátricas más renombradas de Zürich, en agosto de 1904. Ha perdido la humanidad en el infierno de sus crisis. Los gritos y gemidos retratados en el film siguen cuidadosamente las líneas dedicadas a ello en su diario y en la historia clínica confeccionada por su médico, el joven Carl Gustav Jung. Un cuerpo no afectado por un decir, atormentado por sus síntomas que, en rigor, no se constituye en esos momentos como tal. Lo in-forme como efecto de un profundo desborde pulsional. Fragmentos “no escuchados” hasta el momento, “suelos”, se muestran en su descomposición, en su inhumanidad. Des-bordes del cuerpo que le restan contorno.

Pero allí, el encuentro con el psicoanálisis. En su incipiente aparición como práctica, Sabine se dispone desde el principio a la escucha en él habilitada, se deja hacer por lo que en cada sesión acontece, por lo que es escuchado allí. Y Sabine se escucha. Su apuesta ética la descubre, la sorprende allí. Los fragmentos de cuerpo comienzan a ser afectados por su decir. Sabine va tomando forma. Se trata de la oportunidad para una naciente apariencia¹⁴ y ella no la deja escapar. El descubrimiento del inconsciente está en marcha. Más allá de los infortunios en los que con Jung se introduce, algo queda a salvo; un por fuera de la locura comienza a ampliar sus espacios, a ganarle terreno al mal. La tesis del inconsciente se hace carne en ella. Y la na-

ciente dama, decidida, la encarna. Una nueva dimensión entonces que se agrega a su decir, mejor, que constituye un decir. El aplanamiento que la exponía a un cuerpo sufriente, sin bordes, se eleva, constituyendo la oportunidad para un nuevo anudamiento. Lo real de un cuerpo descarnado se enlaza a un imaginario habilitando la simbolización. R-S-1¹⁵ que en su anudamiento constituye el agujero en cuyo calce se hace lugar al a; lugar desde donde se sostendrá la estructura, ahora constituida, en tanto la Cosa [*das Ding*] comienza a dejar de a-Cosar¹⁶. Sabine se (re)estructura apoyada en ese nuevo soporte.

Los efectos de ello comienzan a ver la luz. Y las luces de las cámaras cronenbergianas se focalizan allí. Nos transportan a esas otras “locaciones”.

El deseo se hace lugar en ella; ella le hace un lugar. Así, su encanto por el psicoanálisis se transforma en Decisión. Y es siguiendo una de sus vertientes que en abril de 1905 se inscribe en la carrera de medicina -siendo externada en el mismo año, diez meses después de su internación- y en 1911 presenta sus ideas a Freud, con quien había comenzado a estudiar. Al tiempo que se gradúa con una tesis titulada “*Über den psychologischen Inhalt eines Falles von Schizophrenie*” [Sobre el contenido psicológico de un caso de esquizofrenia] -aparecida en la misma publicación que el artículo de Freud sobre Schreber- se convierte en la primer analista en ocupar un lugar en las reuniones de los miércoles de la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis.

Acceder a ese lugar no le resultó sencillo. Pero Sabine Spielrein, que no retro-

cede ante el peligro, hace lo necesario para sostener su apuesta. Una vez que su romance con Jung se hace público y dado su interés en hacerse un lugar en el movimiento psicoanalítico, se ve obligada a escribirle a Freud dando cuenta de la situación: “El doctor Jung, hace cuatro años fue mi médico, luego un amigo y a continuación un ‘poeta’, es decir, un amante. Finalmente, me conquistó y todo sucedió como sucede habitualmente en la ‘poesía’. Él predicaba la poligamia, su mujer estaba de acuerdo, etc. Pero mi madre recibió una carta anónima, redactada en excelente alemán, en la cual se le decía que salvara a su hija, que podría ser arruinada por el doctor Jung. La carta no pudo haber sido escrita por uno de mis amigos, ya que yo no había hablado con nadie y vivía siempre muy alejada de todos los estudiantes...” (Carotenuto, 1980).

Leemos esa carta del 11 de junio de 1909 como parte de su apuesta. Un punto en su recorrido hacia la Decisión, hacia lo que llama en ella, hacia el claro que se le abrió en el camino. No reniega de su experiencia; no culpa a ningún “traidor” (así es nombrada ella por Jung); no se ubica en el lugar de víctima despechada. Obviamente se trasluce su dolor pero en esa carta la implacable Sabine plantea su verdad, constituye un decir, su decir, lo que la llevará a una nueva construcción.¹⁷

Será a partir de allí que Freud comienza a escucharla, a otorgarle un lugar. Y ese detalle no es menor. Podría interpretarse su primer respuesta, enviada en otra misiva del 18 de junio del mismo año, donde le sugiere “un proceder más adecuado a lo endopsíquico, por así decir-

lo” (Carotenuto, 1980) como la desestimación de su demanda; sin embargo, consideramos tales palabras de Freud como una intervención. Por los efectos, como siempre en nuestra clínica, sabemos que el deseo del analista en Sabine, habiendo abierto las puertas de su humanidad, comienza a poder entrar en escena, a hacerse escuchar. Y Freud, el maestro, pero sobre todo el analista, lo escucha. Es en ese marco que le escribirá a Jung acerca de la Spielrein, el 12 de noviembre de 1911: “La Sabina hizo uso de la palabra en la última sesión y habló de un modo inteligente y ordenado”¹⁸, y el 17 de diciembre de ese mismo año: “La pequeña Sabina posee realmente una mente muy fina y puedo afirmar que muy prometedora” (Freud, S. / Jung, C., 1978).

Luego de su pasaje por la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis, Spielrein ejerce su práctica en Suiza donde hasta toma a Piaget como uno de sus analizantes. Una década más tarde, de vuelta en su tierra natal, Rusia, llega a convertirse en miembro de la Sociedad Psicoanalítica Rusa. Sigue, así, el peligro abierto por una vocación. Arriesga, apuesta y no retrocede. Allí su apuesta ética.

Sus aportes quedan escritos -aunque arrumbados luego por las desventuras de la historia- entre otros lugares en una conferencia de 1912 sobre el componente mortífero de la pulsión sexual que presentara en una de las reuniones de los miércoles de la Sociedad, titulada “*Die Destruktion als Ursache des Werdens*” [La destrucción como causa del advenimiento¹⁹], donde anticipa lo que Freud elaborará tiempo después como pulsión

de muerte. En dicho trabajo, Spielrein escribe: "...el instinto reproductivo, aun desde el punto de vista psicológico, está constituido por dos componentes antagonicos, y que por consiguiente existe tanto un instinto de nacimiento como un instinto de destrucción. (...) La libido tiene dos aspectos: es la fuerza que todo lo embellece pero que también, a veces, todo lo destruye." (Spielrein, 1912). Texto hermosamente recreado en el film, en algunos de los encuentros entre Spielrein y Jung, y también en los intercambios con Freud. Asimismo, en una nota a pie de página del "Más allá del principio del placer" Freud reconocerá su trabajo: "Sabine Spielrein, en un trabajo sustancioso y rico en ideas (1912), aunque por desdicha no del todo comprensible para mí, ha anticipado un buen fragmento de esta especulación. Designa allí al componente sádico de la pulsión sexual como 'destrutivo'" (Freud, 1920).

Y en este punto nos preguntamos si el título de ese escrito no podría pensarse, justamente, como "su" escrito. ¿No es acaso el nombre de su proceso? ¿No contiene su arriesgarse al peligro de ceder la "ganancia en la enfermedad"? ¿No es plausible señalar allí su apuesta ética a la escritura de un decir fundante, inaugural de una nueva perspectiva para lo humano en ella? ¿No es posible de ser pensado como su *zugrunde gehen* [muerte fundante] tantas veces ubicable en las tesis freudianas respecto de un nuevo acontecer?²⁰

Pero para arribar allí será necesario un recorrido. Parte de perder el refugio en su fantasma, del pasaje por su construcción para poder así agujerearlo, se

realiza en su tratamiento (pese, incluso, a los despropósitos de su médico tratante). Y podemos ubicar puntos de ese recorrido a través de las escenas del film. Tenemos ocasión de asistir a su espanto al ver a Jung golpear con su bastón un abrigo, escena que le acerca la ocasión de hacer de esa contingencia una novedad en tanto le posibilita hablar. Y Sabine habla. Construye así su fantasma de padre gozador al llegar a "confesar" el placer experimentado por ella en esas escenas. Pronto advendrá que tal goce no le pertenecía; se trataba más bien del poder otorgado al Otro y al que ella se sometía. Pero será recorriendo el sendero señalado por esas marcas del habla, que ella podrá construir, inventarse -a la vez que desgarrando, perdiendo, en fin, duelando un punto capital de su fantasma en ese mismo movimiento de construcción- otro padre, otros "nombres del padre" habilitadores de un goce, ahora sí, singular.²¹ Así, la Spielrein tampoco cede al acontecimiento de un nuevo modo de gozar. Si en sus años adolescentes signados por aquel padre gozador guardaba las más autodestructivas pulsiones²²: "Era yo todavía una chica de 19 años, me vestía modestamente, con la trenza sobre las espaldas, porque para mí *el alma era más importante que el cuerpo*" (Carotenuto, 1980, destacados nuestros); si en el otro extremo podía exhibir su cuerpo sin marco pese a la ventana frente a la cual, desnuda, luego escribiría: "es hermoso ser admirada por alguien en este estado... Estaba contenta de tener formas bellas y bien desarrolladas" (Carotenuto, 1980), se trataba más bien de la imposibilidad de un cuerpo,

de la búsqueda de una nueva mirada y escucha que lo constituya como tal. Será luego de su aventurarse en un análisis que el mismo encontrará un marco, un lugar, una posibilidad. Su sexualidad, antes “desparramada” en lo informe de un desmembramiento sin bordes comienza a contornearse del modo más singular. El cuerpo sufriente cede su lugar a un particular modo de gozar. Parte por parte, ella elegirá.

Y allí los peligros a los que Sabine se expone. Los peligros que el psicoanálisis le presenta y frente a los cuales ella no retrocede. Constituyendo escrito en dos puntos capitales de su existencia; al decir freudiano, la apertura de la posibilidad de *producir y amar*. Allí su posición ética: alejarse de su “refugio en la enfermedad”. Asumir el riesgo del Salto²³ hacia un nuevo modo de gozar. Crearse un Padre que le aporta una medida, una carretera, en fin, un lugar.

Jung. La eterna siesta sobre el lecho de la mudez

El joven médico pertenece a la burguesía gracias a su esposa. Viajes en primera clase, mansiones que él no podría costear, hijos en abundancia que él no logra mirar. Cronenberg nos ofrece la pintura de un matrimonio “clásico” de la época, refugio para el (no) hacer.²⁴ No nos referimos a “actividades”; Jung desarrolla interesantes actividades, hasta ha sido escogido por el maestro para difundir el psicoanálisis en la Europa aria. Pero el peligro de “otro mundo” que la teoría sexual freudiana le presenta es demasiado para él. Pero lo in-mundo que su paciente le presenta necesita ser reintegrado bajo sus coordenadas, de-

glutido bajo sus conocidas argucias. Su refugio en los mitos y símbolos lo entretienen en otros métiers. El amor pretendidamente romántico lo envuelve en su perfume; más bien, en lo que él convierte en hedor. Y su paciente, Sabine, entrará en la serie. El aprovechamiento de la transferencia no se hace esperar. Pero en el punto de confrontarse con él mismo, con algo del orden de un cierto amor, aquel que podría “agujerea” algo de su existencia, la salida por él hallada será la renegación, el despecho, el ocultamiento, hasta el cinismo.²⁵

Así lo atestiguan sus palabras en ocasión de responder a la interpelación de la madre de Sabine respecto del *affaire*. Pese a “decir la verdad”, la renegación como defensa está en pie: “...de médico, me convertí en amigo, porque dejé de excluir mis sentimientos. *Pude abandonar fácilmente el papel de médico porque no me sentía empleado como tal, ya que jamás pretendí un honorario.*

Esto último es lo que marca claramente los límites a los que está sometido el médico. Usted comprenderá que es imposible para *un hombre y una joven* tener a la larga tan sólo relaciones de amistad, sin que en algún momento intervenga alguna otra cosa.

Pero, en el fondo, ¿qué podría impedir a ambas personas aceptar las consecuencias de su amor? Un médico, en cambio, y una paciente pueden hablar de cualquier asunto íntimo durante un tiempo limitado, y la paciente puede esperar del médico todo el amor y el cuidado del que tiene necesidad. El médico, empero, *conoce sus límites y no los violará nunca, porque es pagado por su trabajo*. Y esto le impone la necesaria

limitación.

Por lo tanto, para permanecer en la posición de médico, como usted desea, le propongo fijar un honorario adecuado por mis prestaciones. De esta manera, usted estará absolutamente segura de que cualesquiera sean las circunstancias respetaré mi deber de médico.

En cuanto amigo de su hija, en cambio, habría que dejar al destino lo que haya de suceder, pues *nadie puede impedir a dos amigos que hagan lo que deseen*.

Espero, estimada señora, que usted me comprenderá, y también que en todas estas cosas no hay ninguna vileza, sino solamente experiencia y autoconocimiento. Mis honorarios son 10 Francos por consulta.

Le aconsejo elegir la solución prosaica, porque es *la más prudente y no crea obligaciones para el futuro*.

Con sentimientos de amistad. C. Jung” (Carotenuto, 1980, destacados nuestros).

Aquí nos resulta fundamental, antes que detenernos en el modo intentado por Jung para establecer “un límite” a la relación amorosa con su paciente a través de los honorarios (ya que tal desparpajo no constituye más que la *consecuencia de una posición*), dar cuenta de aquello que hace posible tal actitud. Nos referimos a una posición respecto de la ética y el manejo de la transferencia sostenida en su accionar. A través de ese modo de hacer y sobre todo, en su decir respecto del “amor”, tenemos la ocasión de acercarnos a las concepciones por él sostenidas. En el entramado de esos dichos -y haceres- respecto del amor tendremos la oportunidad de loca-

lizar su posición. Y será dicha posición la que abrirá las compuertas de los despropósitos de Jung en torno a la transferencia.

Así, esos dichos con los que nos encontramos van de la “necesidad” al “destino”; de los “sentimientos” al “hombre y mujer” o a “dos personas”; responde por un amor en el sentido de “hacer lo que se desea”. Pero claramente aquí no se trata del Deseo en términos de la ética. Justamente se trata de su desconocimiento más radical. El amor en la concepción jungiana responde a la voluntad, no al Deseo; se vertebra en el “destino” irremediable, no en la Decisión; apunta a la complementariedad y nada sabe de Eros. Hay hombre y mujer. Hay relación sexual. Hay de la completud. Y el amor la puede aportar. Nada de un agujero allí. Nada de un vaciamiento que posibilite un andar. La quietud.

Si Lacan nos pone en la pista de un amor que va más allá de la mortífera -y mortificante- tendencia a la completud; si nos señala un camino diferencial de toda relación moral y que por ello puede abrirle paso a la ética, es en el punto de hacerle lugar a ese “amo en ti algo más que tú” (Lacan, 1964) que posibilita abordar el amor por el sendero de la Causa, de “eso” que va más allá que un semejante y no es otra cosa que el a. No será el amor de objeto el que posibilite nuevos rumbos para lo humano. El a en tanto letra que no completa nada y que, haciéndole lugar como ese más allá, ese resto necesario para la existencia, permitiéndole jugar en cada quien -y poniéndolo en juego en la relación con un otro- abre la vía para lo más singular. Ya no se tratará entonces del

amor de objeto *qua* “puro camelo” (Lacan, 1972-1973), cuando no remite más que al narcisismo.

Pero en la posición sostenida por Jung, lo perverso de un “no ha lugar” a la novedad que su otro paciente-amigo, el psicoanalista Otto Gross le presenta y a cuya lógica Jung se somete (magistralmente mostrado en el film) lleva al estrago de todo Deseo posible. El sometimiento al goce del Otro ahoga cualquier posible singularidad. Jung “hace”, pero se trata de un hacer que no posibilita el habla. Más bien, que lo sofoca, que lo enmudece. Efectivamente, en el primer contacto que mantiene con Freud respecto de su paciente nada dice de aquello que verdaderamente lo afecta. Jung aún no aprende a hablar.

El habla implica riesgo y el riesgo, ese sí no es su *métier*. No nos referimos aquí al riesgo de dejar todo de lado para huir con su amada (como Christopher Hampton, guionista del film, hace que le pregunte a Sabine mostrando así lo que bien podríamos denominar la impotencia de Jung), sino de tomar el lugar supuestamente buscado. Pero lo que encontró en su búsqueda claramente lo excedió. Se encontró con Freud, pero más radicalmente, se encontró con Eros, con la sexualidad, con el motor de la vida que con su modo de estar en el mundo no se podía conciliar. Se encontró así con lo móvil, con el Deseo, con lo vivo del decir a través de su paciente. Y él elige. Calcula. Se deja gozar al suponer el control de la situación. Evalúa con los miramientos que no le permiten ver más allá. Jung deja de escuchar(se). Sólo empujado por Sabine llega a intentar un decir; a poner algo de sí en la tar-

día comunicación a su supervisor, Freud, respecto de lo que le atañe. Pero ya es tarde. Melancólico y adormecido no accede a un *despertar*. No accede a *un decir*. No arriba a un *otro hacer*. Sólo años más tarde le dirá a Sabine que el hijo que ella espera debería ser de él. Pero no lo es.²⁶

Tampoco su mentor tuvo lugar en él para continuar el camino común iniciado. Freud ya se despidió tajante aunque amargamente. Su método fue excesivamente peligroso para él. Lo puso a prueba respecto de un padre y de una causa (en la doble acepción del término que antes mencionábamos, la del psicoanálisis y la propia). Del Padre y de la Causa.

Una de las discusiones retratadas en el film nos permite acercarnos a su posición respecto de esa otra vertiente, la relativa a la cuestión del Padre. Resulta de lo más interesante detenernos en el modo en que el joven médico, luego de relatar el episodio de una discusión en un Congreso de Psicoanálisis referida a uno de los “padres” de la historia egipcia, inmediatamente plantea su decir en torno a Freud. Por un lado, intentando sostener ardiente, casi desesperadamente podríamos decir, un lugar para el padre; por el otro y en el mismo movimiento, desestimando la posibilidad de contar con él, de “servirse” de un padre, impotentizándolo. Así lo plantea: “Freud padeció un desmayo en otra ocasión en mi presencia. Fue durante el Congreso psicoanalítico en Múnich en 1912. Alguien guió la conversación hacia Amenofis IV. Se recalcó que su actitud hostil respecto a su padre le llevó a destruir las inscripciones en las estelas funera-

rias y que detrás de su gran intuición de una religión monoteísta se ocultaba su complejo de padre. Esto me irritó e intenté explicar que Amenofis fue un hombre genial y profundamente religioso, cuyos hechos no pueden explicarse por antagonismos personales contra su padre. Por el contrario, honró la memoria de su padre y su celo destructor se orientó exclusivamente contra el nombre del dios Amón, que hizo suprimir en todas partes, y naturalmente quitó también de las inscripciones funerarias de su padre la palabra Amón-hotep. Además, también otros faraones hicieron sustituir en los monumentos y en las estatuas los nombres de sus antepasados, divinos o auténticos, por el suyo propio, dado que se sentían, con justo título, encarnaciones del mismo Dios. Pero no habían instaurado ni una nueva religión ni un nuevo estilo.

En este instante Freud cayó desmayado de la silla. Todos le rodearon azorados. Entonces le tomé en brazos y le llevé a la habitación contigua donde le deposité en un sofá. Ya mientras le llevaba en brazos comenzó a volver en sí y la mirada que me dirigió no la olvidaré nunca. *En su impotencia me miró como si yo fuera su padre.* Lo que contribuyó a provocar este desmayo -la atmósfera estaba muy tensa- fue, igual que en el caso anterior, la fantasía sobre el asesinato del padre.

Con anterioridad, Freud había formulado ante mí repetidas alusiones a que me consideraba su sucesor. Estas predicciones me resultaban penosas...” (Jaffé y Jung, 1963, destacados nuestros).

El contrapunto establecido en su decir, entre la necesidad imperiosa de soste-

ner un padre, a la vez que al entrar uno en escena en la figura de Freud, desestima esa posibilidad (hecho que la historia del movimiento psicoanalítico terminará confirmando) nos posibilita señalar una decisión respecto del Padre: su rechazo. El ensimismamiento a partir de allí para Jung tomará su lugar. La relación que ya se perfilaba en su resquebrajamiento culminará entre ese año y el siguiente. La Causa no lo logra causar. Y si como Shakespeare a partir de Hamlet -en la lectura de Lacan del Seminario 6- cambia su modo de escritura: “...el cielo cambia, lo que sigue no es del mismo orden, se está en otro registro, abre a una nueva dimensión” (Lacan, 1958-1959), para Jung (lo vemos retratado años después en el film) todo continúa bajo el reinado de *lo igual*. Años más tarde, al escribir su autobiografía, así expresa su posición respecto de Freud: “Bajo la influencia de la personalidad de Freud me había privado en lo posible de mi propio juicio y reprimido mi sentido crítico. Esto constituía la condición previa bajo la que podía colaborar. Me decía a mí mismo: «Freud es mucho más experimentado y más hábil que tú. Ahora escucha simplemente lo que él dice y aprende de él.» Y entonces, para mi asombro, soñé que él era un funcionario amargado de la monarquía austríaca, le soñé muerto, pero como inspector de aduanas aún 'en activo'. ¿Significaba esto el deseo de muerte que Freud mencionaba? Yo no podía hallar a nadie en mí que normalmente hubiese podido abrigar tal deseo, pues quería, por así decirlo, à tout prix, colaborar y participar de la riqueza de sus experiencias de un modo resuelta-

mente egoísta, y para ello resultaba muy apreciable su amistad. Así pues, no tenía motivo alguno para desearle la muerte. (...)”. Y así lo racionalizaba: “Ahora comprendía por qué me resultaba del mayor interés la psicología personal de Freud. *Debía saber a toda costa cómo surgió su ‘solución razonable’*. Ello era para mí una cuestión vital por cuya respuesta *estaba yo dispuesto a sacrificar mucho*. Ahora lo veía claro. Él mismo tenía una neurosis y concretamente fácil de diagnosticar por sus síntomas bastante desagradables, como descubrí en nuestro viaje a América. Me descubrió entonces que todo el mundo es algo neurótico y que, por lo tanto, hay que ser tolerante. Pero no me sentía dispuesto a quedar satisfecho con esto, sino que quería saber mucho más, es decir, cómo se puede evitar una neurosis. Había visto que ni Freud ni sus discípulos podían comprender qué significaba el psicoanálisis en la teoría y en la práctica, puesto que *ni siquiera el maestro había logrado resolver su propia neurosis*. Cuando anunció su intención de identificar y dogmatizar la teoría y el método, ya no pude cooperar más con él, y no me quedó más opción que *retrotraerme a mí*” (Jaffé y Jung, 1963, destacados nuestros).

Y nos animamos a tomar el texto freudiano como posible respuesta a una posición tal: “Trátase de algo vinculado con la crítica infantil contra el padre, con el *menosprecio* que sigue a la primera *sobrevaloración* infantil de su persona. Parecería que lo esencial del éxito consistiera en *llegar más lejos que el propio padre* y que tratar de superar al padre fuese aún algo prohibido” (Freud,

1936, destacados nuestros) hallando una “solución” lindante con la impotencia y el ensimismamiento al no dar el paso hacia ese intento de “llegar más lejos” que el padre, volviendo a una encerrona sobre sí.

Esto también lo aprehende de su amigo-paciente, Otto Gross. Hijo de una eminencia (Juez y fundador de la criminología moderna) no logra salir de la égida de ese padre más que a través de la pura transgresión que, en rigor, no implica ninguna salida.²⁷

Pese a que en la historia real Gross ingresa al Psiquiátrico Burghölzli tiempo después de que Sabine es externada, los creadores del film encuentran el tino de inventar su coexistencia en la ficción, colocándolo en el lugar de quien ayuda a Jung a dar el paso que le faltaba hacia la *liberación de toda represión* (tal el lema de Gross) e iniciar la relación con Sabine. En la línea de la renegación del padre -esto es, quedando atrapados en la posición de “hijos” cuánto más pretenden huir-²⁸ y la abolición del amor en su vertiente de Causa, el dueto Jung - Gross celebra su festín. Así lo lee Freud: “...en Jung se machaca en el derecho histórico-cultural de los jóvenes a arrojar de sí las cadenas con que los viejos tiránicos y petrificados en sus opiniones querrían arrojarlos. Estos argumentos hacen necesarias unas palabras de refutación. (...) La aproximación al punto de vista del vulgo, el abandono de una novedad que se recibió con disgusto, hacen improbable de antemano que la enmienda introducida por Jung en el psicoanálisis pueda pretenderse una hazaña juvenil liberadora” (Freud, 1914). Y Cronenberg nos invita a leer

estos testimonios.

En este punto resulta interesante jugar con un contrapunto, hallar una posición diferencial a la delineada hasta aquí a partir de Jung, en los decires de algunos de los grandes pensadores de la modernidad; aquellos que moldearon el decir y el hacer de su tiempo y que aún hoy perduran como maestros. En esa línea encontramos un hermoso testimonio, también epistolar, en Marx, dirigido a uno de sus mentores, Feuerbach: "... me es grato aprovechar la ocasión para expresarle la alta estimación y -si me permite la palabra- el amor que siento por usted..." (Marx, 1975).

Asimismo, Freud nos acerca el decir de otro de los moldeadores de la historia, Napoleón, al ser coronado, señalando cómo en ese acto que implica toda una nominación, la referencia al Padre se hace presente (en el mismo texto que mencionáramos anteriormente, donde tenemos la oportunidad, a la vez, de seguir los derroteros del propio Freud en su trabajo en torno al Padre): "Ese día, en la Acrópolis, bien podría haberle preguntado a mi hermano: '¿Recuerdas aún cómo en nuestra juventud recorríamos día tras día las mismas calles, camino de la escuela; cómo domingo tras domingo íbamos al Prater o a alguno de esos lugares de los alrededores que teníamos tan archiconocidos?... ¡Y ahora estamos en Atenas, parados en la Acrópolis! ¡Realmente, *hemos llegado lejos!*' si se me permite comparar tal insignificancia con un magno acontecimiento: cuando Napoleón I fue coronado emperador en Notre-Dame, ¿acaso no se volvió a uno de sus hermanos (seguramente debe haber sido el mayor, José) y le

observó: 'Qué diría de esto *monsieur notre père* si ahora pudiera estar aquí?' Aquí, empero, nos topamos con la solución del pequeño problema de por qué nos habíamos malogrado ya en Trieste el placer de nuestro viaje a Atenas. La satisfacción de haber 'llegado tan lejos' entraña seguramente un sentimiento de culpabilidad: hay en ello algo de malo, algo ancestralmente vedado" (Freud, 1936, destacados nuestros).

Y es que si justamente algo de la culpa puede localizarse, es en tanto el Deseo -y la responsabilidad que el mismo conlleva- se hizo un lugar. Culpable del Deseo de "llegar tan lejos" respecto del Padre y frente a lo cual habrá que responder. Responsabilidad entonces en torno al deseo de ese "más allá" respecto del Padre.

Recorrido que queda truncado, interrumpido en el "sacrificio" de Jung y no le posibilita un acceso a la responsabilización respecto de su deseo. Una vez más la proyección, la renegación y el ensimismamiento pasan a comandar su posición.

En fin, podemos localizar tanto en los decires de Freud, Marx o Napoleón, un ir más allá del Padre pero, en ningún caso, sin pasar por él. No alcanza con el deslumbramiento o la sobrevaloración; no se trata del encanto; no pasa por la transgresión, menos aún por una pretendida "independencia". Se trata del Amor necesario para la construcción de un Padre y la operación de un pasaje que posibilite ir más allá de él. Ahí, en ese pasaje, "una muerte fundante" *qua* operación del hijo que, contando con un Padre, pueda pasar a servirse de él, ir

más allá de él.

En cambio, Jung busca el éxito, anhela -y teme- conocer “al personaje” Freud²⁹, se obsesiona con su neurosis, niega al Padre, sostiene relaciones con sus pacientes, escribe cartas y libros. Pero si sus notas y decires no llegan a constituir un escrito es porque su verdad se le escabulle en el punto de mayor alejamiento de un Deseo posible, de la Causa. El rechazo del Padre; el alejamiento de la Causa; el aplastamiento del Amor lo sumergen en la catástrofe subjetiva (y Cronenberg lo capta magistralmente³⁰). Jung aún no aprende a escribir.³¹

Y Freud hace explícito su planteo al respecto: “Todas las modificaciones que Jung ha emprendido en el psicoanálisis emanan del propósito de eliminar lo chocante en los complejos familiares a fin de no reencontrarlo en la religión y en la ética. La libido sexual fue sustituida por un concepto abstracto que, hay derecho a aseverarlo, permaneció como algo misterioso e insasible para sabios y para necios por igual. El complejo de Edipo se entendió solo “simbólicamente” (...) De tal modo se creó un nuevo sistema ético-religioso que, lo mismo que el de Adler, se vio forzado a reinterpretar, desfigurar o dejar de lado los resultados del análisis. En realidad no fue sino esto: de la sinfonía del acaecer universal se alcanzaron a escuchar solo un par de acordes culturales y se desoyó de nuevo la potente, primordial melodía de las pulsiones” (Freud, 1914). Lo desoido, podemos decir, no posibilita escribir.

Leer. Escribir. Crear. El mayor de los peligros

De la mano de Cronenberg realizamos un viaje. Estuvimos en Zürich y en Viena, leímos cartas, conocimos testimonios, recreamos una ficción.

Ese recorrido nos posibilitó acercarnos al desfiladero del peligro, bordear con un atento zoom los derroteros del riesgo: acercarnos a la delgada línea del Amor, del amor más allá de la imaginaria aspiración a la completud, de aquel que posibilita abrir las compuertas de la Causa. Y es por ello que al andar al filo de la Causa pudimos acercarnos al peligro mayor: mirar de cerca una Ética, aquella que se anima a contemplar en su reflexión el horror y la belleza de lo indecible, de lo más singular, de lo más humano.

De allí la fuerza que ha logrado darle trascendencia mundial al film. Ya de regreso a casa, la escala prevista en París del vuelo 418 de *Air France* impone ante mis ojos un nuevo y maravilloso impacto. Esa mañana la primerísima plana de *Le Monde* estaba dedicada al film.³² La vuelta a casa, una vez más, me coloca frente a la contingencia que debo retomar. Esas “contingencias” donde decido estar. Ese destino que relanza una y otra vez nuestras apuestas. Estar ahí.

Y en este punto retorno a lo vivo de la experiencia que marcó una inspiración: sentada a solas en la escalinata elevada por bellos mármoles gastados, allí, en *Berggasse* N° 19 del Distrito 9 de Viena, sosteniendo uno de los *souvenirs* adquiridos en la casa de Freud, leo en ese lápiz la frase del maestro que

elijo transmitir aquí, tomada de “Estudios sobre la histeria” y que sólo al final de este escrito llegué a poder traducir (no sin el maravilloso extrañamiento que me generó descubrir que se trataba de *lo escrito y la lectura*): “...daß die Krankengeschichten, die ich schreibe, wie Novellen zu lesen sind...” [que la historia de las enfermedades que yo escribo, sea leída como novela]. Leer como novela. Crear una ficción. Devolverle lo vivo a nuestras experiencias.

Y si los analistas nos dejamos tocar por ese freudiano decir, para una ficción pero también para nuestra clínica, seguramente compartiremos lo que me permito sostener, inventar: en ese punto de la creación que es lectura y que implica el deseo decidido de escribir más allá de toda voluntad consciente, Cronenberg y Hampton, podemos decir, son freudianos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- CAROTENUTO, A. (1980), Una secreta simetría. Sabina Spielrein entre Freud y Jung, Gedisa, Barcelona, 1984.
- CHINKES, A. (2011), “Acto: como operación de lectura. Un decir”. Inédito.
- ETCHEVERRY, J.L. (1981), “Sobre la versión Castellana”. En Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, 1996.
- FREUD, S. (1895), “Proyecto de psicología”. En Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, ol. I, Buenos Aires, 1996.
- FREUD, S. (1914), “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”. En Obras Completas, Amorrortu, Vol. XIV, Buenos Aires, 1996.
- FREUD, S. (1920), “Más allá del Principio del Placer”. En Obras Completas. Buenos Aires, Amorrortu, Vol. XVIII, Buenos Aires, 1996.
- FREUD, S. (1936), “Un trastorno de la memoria en la Acrópolis”. En Obras Completas, Amorrortu, Vol. III, Buenos Aires, 1985.
- FREUD, S. / JUNG, C. (1978), Correspondencia, Taurus Ediciones, Madrid.
- HEIDEGGER, M. (1953), Introducción a la Metafísica, Editorial Nova, Buenos Aires, 1980.
- HEIDEGGER, M. (1989), Contribuciones a la Filosofía. Del Acontecimiento, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.
- JAFFÉ, A. y JUNG, C.G. (1963), Recuerdos, sueños, pensamientos, Seix Barral, Barcelona, 2005.
- JONES, E. (1953-1957), Vida y obra de Sigmund Freud, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- LACAN, J. (1955), “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”. En Escritos 1, Siglo XXI Editores, México, 1987.
- LACAN, J. (1958-1959), “El Seminario 6. El Deseo y su interpretación”, traducción de Adriana Calzetta, Hugo Levín, Jaime Reises y Diana Weindichasky para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.
- LACAN, J. (1959-1960), El Seminario 7. La Ética del Psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires, 1982.
- LACAN, J. (1964), El Seminario 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires, 1987.
- LACAN, J. (1972-1973), El Seminario 20. Aún, Paidós, Buenos Aires, 1992.
- LACAN, J. (1967-1968), “El Seminario 15. El Acto Analítico”. Traducción y notas a cargo de Ricardo Rodríguez Ponte. Inédito.
- LACAN, J. (1970), Radiofonía y Televisión, Anagrama, Barcelona, 1977.
- LACAN, J. (1974-1975), “El Seminario 22. R S I.”.

Traducción y notas a cargo de Ricardo Rodríguez Ponte. Inédito.

LACAN, J. (1980), "El Seminario 27. Disolución". Versión para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.

MARX, K. (1975), "Carta de Marx a Ludwig Feuerbach" (París, 11 agosto de 1844). En *Escritos de juventud*. México, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1982.

MICHEL FARIÑA, J.J. (2011), "(Hacer) el amor de transferencia. La involucración sexual entre terapeutas y pacientes, un siglo después". En *Publicación Virtual Ética y Cine*. URL <http://www.eticaycine.org/Un-metodo-peligroso>.

MICHEL FARIÑA, J.J. (2012), "Wagner y el subtexto musical de la relación Jung-Freud". En *Publicación Virtual Ética y Cine*. URL <http://www.eticaycine.org/Un-metodo-peligroso,239>

NOLL, R. (2002), *Jung. El Cristo ario*, Ediciones B, México.

ROSALES ÁLVAREZ, J. (2004), "1912, El viraje de Freud". En *Revista electrónica Carta Psicoanalítica*, N° 5. URL <http://www.cartapsi.org/spip.php?article164>

SPIELREIN, S. (1912) "Die Destruktion als Ursache des Werdens". En *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, N° IV.

NOTAS

¹Para mi querida Nora, aventurada al "peligro" de una nueva existencia. Y a Marcelo Altomare, quien con su amor y sugerencias, contribuyó decididamente a la elaboración de este texto. A mi hija Agustina

²Contamos, gracias a la recopilación realizada por el psicoanalista jungiano Aldo Carotenuto, con el material referido tanto a la permanencia de Sabine Spielrein en dicha clínica, así como lo relativo a las relaciones establecidas y las cartas intercambiadas con Freud y Jung. Al respecto, ver Spielrein, S. "Cartas y Diario (1909-1912)". En Carotenuto, 1980.

³Nos referimos a algunos de sus anteriores films, a los que nos abocamos líneas abajo.

⁴Al respecto, ver Michel Fariña, 2011 y el comentario de Laso, E. contenido en el mismo artículo.

⁵Así, con mayúsculas, en tanto no se refiere a una elección calculada a partir de una evaluación utilitarista de pros y contras, de costos y beneficios. Decisión en tanto porta ese punto irreductible en cada quien que contendrá su modo singular de gozar.

⁶Respecto de la hipótesis que plantea el origen de los textos sobre técnica y sobre transferencia escritos

por Freud entre 1911 [1912] y 1915 como respuesta a toda una serie de sucesos acontecidos al interior del Movimiento Psicoanalítico, semejantes a los tratados en el film, ver Rosales Álvarez, 2004.

⁷Jung estuvo entre sus primeros invitados, el 6 de marzo de 1907.

⁸Destacamos particularmente los términos relativos a la disolución por remitirnos a todo un trabajo de Freud sobre el mismo, legible en diferentes momentos de su obra. Al respecto, ver nota 20 en este mismo artículo. Asimismo, al hacer referencia a la impronta dejada en el psicoanálisis a partir de allí "hasta nuestros días", recordamos que el último Seminario dictado por Jacques Lacan en el año 1980 está íntegramente dedicado al término "disolución", referido a la formación del analista y la constitución de Escuela de psicoanálisis (ver Lacan, 1980).

⁹Fragments de este pasaje pueden reconocerse claramente en el guión del film.

¹⁰Abordamos los derroteros de estos tres términos en el apartado dedicado a Jung, en este mismo artículo.

¹¹Analizamos los contenidos de la discusión previa al desmayo de Freud en el apartado correspondiente a Jung.

¹²Ver apartado de Jung, líneas abajo.

¹³Ver también las cartas de noviembre y diciembre de 1912, en Freud, S. /Jung, C., 1978. Asimismo, en una carta a Spielrein del 20 de enero de 1913 Freud afirma: "Mi relación con su héroe germánico se ha arruinado definitivamente" (Carotenuto, 1980).

¹⁴*Apariencia* en términos heideggerianos. Ver Heidegger, 1953.

¹⁵Ver Lacan, 1974-1975.

¹⁶Recordamos que el vocablo alemán *Ding* acuñado por Freud en su "Proyecto de psicología", traducido como "cosa" pero que se distingue claramente de "las cosas" del mundo (para las cuales se reserva el término *Sache*) se erige nada menos que a partir del *Seminario 7 - La Ética del psicoanálisis* de Jacques Lacan en el antecedente del objeto a.

¹⁷No desconocemos que otra lectura posible -y seguramente plausible- sea la del armado del triángulo histórico a partir del "torbellino" así lanzado. Sin embargo, nuestra orientación no nos lleva a la psicopatologización de los personajes; nuestro interés está puesto, más bien, en "acompañar" un proceso, en localizar puntos de inflexión, en señalar giros de un recorrido, en fin, en dar cuenta del proceso para construir una posición.

¹⁸Refiriéndose al uso de la palabra hecho por Spielrein en la sesión del 8 de noviembre de 1911 en la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis.

¹⁹El término alemán "Werden" admite la traducción

tanto como “advenimiento”, como “nacimiento”. Optamos por el primero en tanto el conocido “imperativo freudiano” presente en el “Más allá del principio del placer” -texto al que hacemos referencia justamente en estas líneas-, *Wo es war, sol ich werden*, contiene el mismo vocablo y nos posibilita contextualizar el término. Sin embargo, deseamos remitir aquí también a la otra posible traducción por resultar de sumo interés en el cuadro de situación que presentamos sobre Spielrein y su producción.

²⁰En ese sentido encontramos en los comentarios de uno de los traductores de Freud al español las siguientes apreciaciones: “Ya señalamos que hay una notable coherencia en el empleo que hace Freud de *untergeben*, asociado con *zugrunde gehen*. Ambas expresiones aparecen en el período de la correspondencia con Fliess. En el caso del «Hombre de las Ratas» Freud explica al enfermo, a raíz de lo olvidado del alma, que Pompeya no «se fue al fundamento» (*zugrunde gehen*) hasta que no fue desenterrada. Por el contexto se entiende que la expresión denota una segunda muerte: una muerte interiorizante en los valores de la cultura. No es un mero morir, pues, sino un morir fundante, como en el mito de Dioniso. La expresión reaparece en «Más allá del principio de placer» y en «El yo y el ello» a propósito del complejo de Edipo. Es expuesta con detalle en «El sepultamiento del complejo de Edipo». Ahí leemos que el complejo de Edipo es un fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después se sepulta, sucumbe a la represión; sigue el período de latencia. Y se pregunta: ¿En razón de qué se va al fundamento? Respuesta: 1) por su imposibilidad real, 2) tiene que caer (fallar) porque ha llegado el tiempo de su disolución; en efecto, de acuerdo con el «programa hereditario» tiene que perecer, corromperse (*vergehen*), cuando se inicia la fase siguiente. La fase fálica se hunde y es relevada por el período de latencia. Es el complejo de castración, el terror de la castración lo que hace irse al fundamento toda la organización fálica. El yo del niño se extraña del complejo de Edipo en razón de su interés narcisista por el pene. Y Freud no deniega a ese extrañamiento del yo respecto del complejo de Edipo el nombre de una represión, Pero es más que una represión; cuando se cumple idealmente equivale a una destrucción y cancelación del complejo. (...) Los términos en cuestión designan, pues, un cambio de fase. Pero, según sabemos por “El yo y el ello”, un cambio tal que sirve de base o fundamento a todo el desarrollo posterior. Y se trata de un fenecimiento interiorizante y fecundante, tal como hemos visto en el uso que le da Freud a la expresión «irse al fundamento» en el «Hombre de las Ratas».

Strachey señala que, no obstante, en «El yo y el ello» la expresión «sepultamiento» (*Untergang*;

dissolution, traduce Strachey) aparecía ya dos veces. Agreguemos que en «Más allá del principio de placer», algo anterior (1920), hallamos una referencia al «sepultamiento» del florecimiento temprano de la vida sexual infantil. Y en el mismo contexto aparece ahí la expresión *zugrunde gehen*, irse a pique, perecer, irse al fundamento. Ambas suelen presentarse aparcadas en los textos de Freud” (Etcheverry, 1981, subrayados nuestros).

²¹Para no develar detalles al posible espectador, no adelantamos aquí el modo en que Cronenberg presenta esta nueva modalidad.

²²Gracias a su historia clínica -reflejada también en el film- contamos con los elementos que dan cuenta de su muy temprano padecer.

²³Salto en sentido heideggeriano. Ver Heidegger, 1989.

²⁴Aquí es interesante recordar los dichos de Lacan en el Seminario 15 - El acto analítico, diferenciando acción y Acto. Respecto del primero dirá que “eso hace algo”. Llevándonos a cernir ese “eso” por la vía de la Causa, de lo que causa el Deseo (el a) y tal “hacer” como bien diferenciado de una acción cualquiera en tanto porta consigo, justamente, la Causa: “A partir de esta operación [la del acto] se produce (...) una conversión en la posición que resulta del sujeto en cuanto a su relación con el saber.” (Lacan, 1967-1968). En Chinkes, 2011.

²⁵*Cinismo* en su acepción corriente, no en su sentido filosófico.

²⁶Aunque tales dichos no harían más que continuar con la culpa por lo no realizado y el taponamiento del deseo (en tanto no salen de la lógica dual yo-tu / mío-tuyo), al menos podrían llegar a introducir la posibilidad de una abertura que inaugure un sendero hacia la responsabilidad, al contener la potencia de abrir la pregunta por su lugar en la escena.

²⁷En efecto, uno de los biógrafos de Jung afirmará respecto de Gross: “Era médico nietzscheano, psicoanalista freudiano, anarquista, sacerdote de la liberación sexual, maestro de orgías, enemigo del patriarcado, cocainómano y morfínómano disoluto” (Noll, 2002).

²⁸Esta línea es retomada en Michel Fariña, 2012.

²⁹Tragicomica -y canallesca- resulta la respuesta dada por Jung en el film a la pregunta sobre por qué menciona su nombre en el artículo generador de la polémica sobre el Padre: “Su nombre es tan famoso que siempre es oportuno mencionarlo”.

³⁰Dejamos aquí nuevamente en suspenso la “lectura” conenbergiana para quienes se dispongan a disfrutar del film.

³¹La aguda pluma de Hampton compone para el film el momento culminante de la relación Jung-Freud al introducir la burlesca pregunta del maestro

en la discusión sobre Amenofis IV: “¿Dices que hay que reescribir el Mito?”

³²Una versión parcial de la nota de Le Monde se puede leer, en español, en <http://www.eticaycine.org/Un-metodo-peligroso,237>

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Licenciada en Psicología, Universidad de Buenos Aires. Practicante del psicoanálisis. Docente e investigadora UBACyT. Supervisora clínica Institución Psicoanalítica Centro Dos. Ex investigadora del Departamento de Psicoanálisis y Filosofía del ICBA (EOL).

E-Mail: glma@fibertel.com.ar